

Zonas de alteridad

Cervantes y Shakespeare: los alucinados

Mauricio Molina



El Bosco, *Extracción de la piedra de la locura*, 1480

Existen múltiples vasos comunicantes entre las obras de Shakespeare y Cervantes, no sólo porque forman parte de la misma era histórica, un Renacimiento que en realidad era todavía medieval en muchos aspectos: la curiosidad por la locura, que compartieron con Erasmo, con El Greco o con Montaigne. La locura de personajes como el Licenciado Vidriera, Macbeth, don Quijote o Hamlet forma parte de esa condición. En su *Historia de la locura en la época clásica*, Michel Foucault advierte que en aquella época había dos modos de ver a la locura: como contraria a la razón y como parte de la razón, constituyendo una de sus formas secretas. *El elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam, probablemente siga esta línea de pensamiento. La locura es sabiduría. Es ahí donde Shakespeare y Cervantes se separan. La locura en la obra del inglés es contraria a la razón, furia biliar, mientras que en Cervantes la locura es una ruta hacia una verdad más profunda o secreta.

Dicho esto permítanme ir directo a mi tema: lo que une a Cervantes y Shake-

spare, lo que está presente en las obras de ambos, es la alucinación. Y para ello utilizaré la obra del gran neurólogo británico, recientemente fallecido, Oliver Sacks, quien en su pequeño libro *Hallucinations* estableció una taxonomía de la alucinación. Sacks nos habla de los diversos tipos de alucinación: las olfativas, las auditivas, las visuales, las inducidas por las drogas, las hipnagógicas (que se aparecen cuando estamos a punto de dormir o despertar), las que producen las migrañas, la epilepsia, la narcolepsia, entre otras.

La alucinación recorre todo el *Quijote*, al grado de que podemos pensar que toda la novela es la alucinación de Alonso Quijano, quien despierta al final y muere (“Todos nacemos locos. Algunos continúan así siempre”: Beckett). La vida como alucinación, lo que nos lleva, en el contrapunto que intento hacer, a la tragedia de Macbeth, quien en el acto quinto, escena cinco, exclama acerca de la vida: “It is a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing”. (“Es una historia contada por un loco, llena de sonido y furia

que no significa nada”). Las alucinaciones de Macbeth, como las de don Quijote, son dignas de los pacientes de Sacks.

Si ya considerarse un caballero andante y lanzarse a “desfacer entuertos” puede ser una forma de locura, es en la famosa segunda salida de don Quijote cuando ocurren algunas de sus más emblemáticas alucinaciones visuales tal y como las tipifica Sacks: en lugar de molinos de viento ve gigantes, ataca un rebaño de ovejas pensando que se trata de un ejército de moros y termina apaleado por los arrieros. No contento con esto, convierte a una modesta campesina, Aldonza Lorenzo, en Dulcinea del Toboso, una mujer noble que será su dama en el sentido de la idealización del amor cortés de los antiguos trovadores. Más allá de la incorporación romántica de estas imágenes y del consabido duelo entre lo real y lo ideal, que me parece demasiado platónico y que no obedece a la idea de la visión de su época, en un sentido literal don Quijote alucina y obedece a una lógica alterna, ya sea como antagonista a la razón, o como complemento de esta en el sentido que le da Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura*.

Shakespeare modula la alucinación, señaladamente en *Hamlet* y en *Macbeth*, aunque podemos encontrar el principio alucinatorio en varias de sus obras. Basta con recordar aquella hermosa frase de Julieta, hablando del amor: “Dreamers often lie”, (“los soñadores suelen mentir”): el amor como alucinación compartida.

Si la alucinación o su idea es intermitente en Shakespeare, en el *Quijote* la alucinación es continua. Esto se debe acaso a las diferencias de sus lenguajes, en Cervantes es narrativo y en Shakespeare es dramático y teatral. En *Macbeth*, por ejemplo,

las alucinaciones van *in crescendo*: cuando va a matar al rey Duncan para cometer su predestinado regicidio, el protagonista ve una daga flotando que lo conduce a cometer su atroz asesinato. En el *Quijote*, en cambio, la alucinación es continua pero también tiene sus modulaciones no tanto dramáticas sino narrativas. En Shakespeare, por ejemplo, la alucinación se nombra, está sujeta al personaje que la describe, y eso es parte de su condición teatral. Macbeth ve la daga y nadie más la mira. Después de la muerte de Banquo, en el banquete posterior a su coronación, en una borrachera total, Macbeth mira al amigo que ha hecho asesinar; una especie de *delirium tremens*. Son las alucinaciones visuales, los delirios que tan bien ha explorado Oliver Sacks. Lo mismo sucede con la sangre que no se puede quitar Lady Macbeth de las manos y que corresponde a las alucinaciones táctiles. En el *Quijote* tenemos a un testigo que mira las cosas con distancia. Sancho Panza, ese otro hemisferio en la conciencia de don Quijote, continuamente hace una ruptura: no son gigantes, sino molinos; no son moros, sino borregos; no es Dulcinea, sino una campesina. Hay una diferencia fundamental entre ambos tipos de alucinación: las de don Quijote son por lo general diurnas y las de Macbeth, como las de Hamlet, son nocturnas. Y esto tiene que ver, antes que con la neurología, con la idea que se hacían los antiguos de los tipos de carácter.

Porque la locura de Macbeth y Hamlet es de muy distinto signo a la de don Quijote. El sombrío carácter del príncipe vengador y del regicida obedecen al del melancólico, tal y como lo estudiaron Saxl, Klibansky y Panofsky en su hermoso libro *Saturno y la melancolía*. La melancolía obedece al humor pesado de Saturno, a la ira y la rabia contenidas y, a fin de cuentas, al conocimiento de que toda acción humana conduce a la muerte y a la destrucción. Esta idea, presente en la *Anatomy of Melancholy* de Robert Burton, que conduce a la locura, es de un signo totalmente diverso al de la locura que aqueja a don Quijote.

Si a don Quijote lo atacaba el demonio meridiano, a los personajes de Shakespeare los atacaba el de la ira, al menos en

Hamlet y en Macbeth. A ellos los atacaba el demonio de la cólera y del odio, el espíritu de la venganza. Don Quijote es meridiano, sus alucinaciones ocurren a la luz del día, a pleno sol. Los personajes de Shakespeare son nocturnos, sus alucinaciones se manifiestan en la oscuridad.

El temperamento melancólico, con toda su complejidad cargada de siglos de reflexión, es el mal que aqueja a don Quijote. Sólo mediante el carácter melancólico, es decir, sólo atravesando el exceso de realidad, es posible acceder a la plenitud creadora de la imaginación.

La psicología en don Quijote es indefinible como lo es la de cualquier personaje literario complejo y multidimensional. Es en la literatura donde todas estas complejidades de la psique, estudiadas por la medicina y por la psicología, encuentran un rico repertorio.

Acaso la hipóstasis de la alucinación de don Quijote ocurre en el segundo tomo, en el episodio de la Cueva de Montesinos, donde el caballero se encuentra con

sus pares congelados en un universo platónico, en la caverna. En este episodio se encuentra el momento culminante del viaje iniciático de don Quijote. Desciende a la gruta. Pasa una hora. Al salir don Quijote piensa que han pasado tres días y sólo ha pasado una hora en “tiempo real”. Don Quijote se encuentra ahí con sus pares, los caballeros de los que tanto ha leído. Mucho se ha escrito acerca de este pasaje. Pero es la mejor ilustración de la llegada a su universo mítico. Se ha encontrado con su propio yo. Ya es un caballero como Durandarte, cuyo corazón está preservado en sal para su amada Belerma. Oliver Sacks probablemente habría clasificado este episodio como una manifestación del delirio.

He intentado explorar las alucinaciones de los personajes de Cervantes y de Shakespeare. Pero me gustaría invocar aquí otro tipo de alucinación: la que provoca la lectura de estos autores. Leerlos es alucinar. Ahí se encuentra uno de los muchos secretos y placeres de la literatura. **u**

